

Hojitas de Fe

Credidimus caritati

32

14. Monseñor Lefebvre

Declaración de Monseñor Lefebvre sobre la nueva Misa y el Papa

En el transcurso de estos diez años he tenido ocasión de responder muchas veces a preguntas que son muy graves. Me he esforzado siempre en permanecer dentro del espíritu de la Iglesia, conforme a sus principios teológicos, que expresan su fe, y a su prudencia pastoral, manifestados dentro de la teología y a través de la experiencia de su historia.

Creo poder decir que *no he cambiado de opinión sobre estos temas*, y que este pensamiento es afortunadamente el de la gran mayoría de los sacerdotes y fieles adictos a la Tradición infalible de la Iglesia. Ciertamente, las siguientes líneas son insuficientes para hacer un estudio exhaustivo de estos problemas. Pero se trata más que nada de exponer claramente algunas conclusiones para no equivocarse sobre las *orientaciones y pensamientos de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X*.

1º Sobre la nueva Misa.

Respecto a la nueva Misa, destruyamos de inmediato esta *idea absurda*: si la nueva Misa es válida, se puede participar en ella. La Iglesia siempre ha prohibido a los fieles asistir a las Misas de los cismáticos y de los herejes, aunque sean válidas. Es evidente que *no se puede participar en Misas sacrílegas, ni en Misas que ponen en peligro nuestra fe*.

Además, es fácil demostrar que la nueva Misa, tal como fue formulada por la Comisión de Liturgia, con todas las autorizaciones dadas oficialmente por el Concilio, y con todas las explicaciones dadas por Monseñor Bugnini, presenta un *acercamiento inexplicable a la teología y culto de los protestantes*.

Así, por ejemplo, *no aparecen muy claros, y hasta se contradicen, los dogmas fundamentales de la santa Misa*, que son los siguientes: • el sacerdote es el único ministro; • hay verdadero sacrificio, una acción sacrificial; • la víctima es Nuestro Señor Jesucristo, presente en la hostia bajo las especies de pan y vino, con su cuerpo, sangre, alma y divinidad; • es un sacrificio propiciatorio; • el Sacrificio y el Sacramento se realizan con las palabras de la Consagración, y no con las palabras que preceden o siguen.

Basta enumerar algunas de las novedades para demostrar el *acercamiento a los protestantes*: • el altar transformado en mesa, sin el ara; • la Misa cara al pueblo,

en lengua vernácula, en voz alta; • la Misa tiene dos partes: la Liturgia de la Palabra y la de la Eucaristía; • los vasos sagrados vulgares, el pan fermentado, la distribución de la Eucaristía por laicos, en la mano; • el sagrario escondido; • las lecturas hechas por mujeres; la Comunión dada por laicos.

Todas estas novedades están autorizadas.

Se puede pues decir sin ninguna exageración que *la mayoría de estas Misas son sacrílegas y disminuyen la fe, pervirtiéndola*. La desacralización es tal que la Misa se expone a perder su carácter sobrenatural, su «*misterio de fe*», para convertirse en un acto de religión natural nada más.

Estas Misas nuevas no sólo no pueden ser motivo de obligación para el precepto dominical, sino que además, con relación a ellas, hay que seguir las reglas de la Teología moral y del Derecho Canónico, que son las de la prudencia sobrenatural con relación a la participación o asistencia a una acción peligrosa para nuestra fe o eventualmente sacrílega.

¿Hay que decir entonces que todas esas Misas son inválidas? Desde que existen las condiciones esenciales para la validez, es decir, la materia, la forma, la intención y el sacerdote válidamente ordenado, no se puede afirmar que sean inválidas. Las oraciones del Ofertorio, del Canon y de la Comunión del sacerdote, que se agregan a la Consagración, se requieren para la integridad del Sacrificio y del Sacramento, pero no para su validez. El Cardenal Mindszenty en la prisión, que a escondidas de sus guardias pronunciaba las palabras de la Consagración sobre un poco de pan y de vino para alimentarse del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor, realizaba ciertamente el Sacrificio y el Sacramento.

Mas a medida que la fe de los sacerdotes se corrompa y dejen de tener la intención de la Iglesia (*pues la Iglesia no puede cambiar de intención*), habrá menos Misas válidas. La formación actual no prepara a los seminaristas para asegurar la validez de las Misas. El sacrificio propiciatorio de la Misa ya no es el fin esencial del sacerdote. Nada más decepcionante y triste que oír los sermones o comunicados de los obispos sobre la vocación, a raíz de una ordenación sacerdotal. Ya no saben lo que es un sacerdote.

Para juzgar de la falta subjetiva de quienes celebran la nueva Misa y de quienes asisten a ella, debemos aplicar la regla del discernimiento de espíritus según las directivas de la teología moral y pastoral. Debemos obrar siempre como médicos de almas y no como jueces y verdugos, como se sienten tentados a hacerlo quienes están animados por un celo amargo y no por el verdadero celo. Los sacerdotes recién ordenados han de inspirarse en las palabras de San Pío X en su primera Encíclica, y en los numerosos textos de autores espirituales tales como Dom Chautard en «El alma de todo apostolado», el Padre Garrigou-Lagrange en el tomo II de «Perfección cristiana y contemplación», y Dom Marmion en «Cristo, ideal del Monje».

2º Sobre el Papa.

Pasemos a la segunda pregunta no menos importante: ¿Tenemos realmente a un Papa o a un intruso en la Sede de Pedro? ¡Dichosos los que han vivido y

muerto antes de hacerse esa pregunta! Hay que reconocer que el Papa Pablo VI ha causado un serio problema a la conciencia de los católicos. Sin indagar ni conocer su culpabilidad en la terrible demolición de la Iglesia durante su Pontificado, no podemos dejar de reconocer que aceleró sus causas en todos los órdenes. Uno se pregunta: ¿Cómo un sucesor de Pedro ha podido en tan poco tiempo causar más males a la Iglesia que la Revolución Francesa?

Hechos precisos como las firmas estampadas al artículo 7 de la Instrucción sobre el Novus Ordo Missæ, como también al documento de la Libertad Religiosa, son escandalosas y dan pie a que algunos afirmen que ese Papa fue hereje, y que por su herejía dejó de ser Papa.

La consecuencia de este hecho sería que la mayoría de los cardenales actuales no habrían sido nombrados válidamente, y además serían inhábiles para la elección de un nuevo Papa. Los Papas Juan Pablo I y Juan Pablo II no habrían sido entonces elegidos legítimamente. En ese caso sería inadmisible rezar por un Papa que no lo es, y conversar con aquél que no tiene ningún título para sentarse en la Sede de Pedro. Como ante el problema de la invalidez de la nueva Misa, quienes afirman que no hay Papa simplifican demasiado los problemas. La realidad es más compleja.

Cuando uno se plantea si un Papa puede ser hereje, se descubre que el problema no es tan sencillo como se cree. Sobre este tema, el estudio muy objetivo hecho por Xavier da Silveira muestra que un buen número de teólogos piensa que el Papa puede ser hereje como doctor privado, pero no como doctor de la Iglesia universal. Es necesario, entonces, examinar en qué medida el Papa Pablo VI ha querido empeñar su infalibilidad en esos diversos casos en que ha firmado textos que, si no son heréticos, son al menos próximos a la herejía.

Ahora bien, hemos podido observar en esos dos casos, como en otros muchos, que el Papa Pablo VI ha actuado mucho más como liberal que como pertinaz en la herejía, ya que, cuando se le señalaba el peligro en que incurría, entregaba un texto contradictorio, agregando una fórmula contraria a lo que él afirmaba en la anterior, o redactando una fórmula equívoca, lo cual es propio del liberal, que es incoherente por naturaleza.

El liberalismo de Pablo VI, reconocido por su amigo el cardenal Daniélov, basta para explicar los desastres de su Pontificado. El Papa Pío IX, en particular, habló mucho sobre el católico liberal, a quien consideraba como destructor de la Iglesia. El católico liberal es una persona de doble faz, en continua contradicción. Quiere seguir siendo católico al mismo tiempo que se afana por agradar al mundo. Afirma su fe con temor de parecer demasiado dogmático, y actúa de hecho como los enemigos de la fe católica.

Un Papa, ¿puede ser liberal y seguir siendo Papa? La Iglesia siempre ha amonestado severamente a los católicos liberales, pero no los ha excomulgado a todos. También aquí hemos de permanecer dentro del espíritu de la Iglesia. *Debemos rechazar el liberalismo, venga de donde venga*, porque la Iglesia siempre lo ha condenado con severidad por ser contrario al Reinado de Nuestro Señor, y en particular a su Reinado Social.

El alejamiento de los cardenales de más de ochenta años y los conventículos que prepararon los dos últimos cónclaves no hacen inválida la elección de los dos últimos Papas. Excesivo sería juzgarla inválida, aunque podrían eventualmente, eso sí, hacerla dudosa. Mas la aceptación unánime de los cardenales y del clero romano, posterior a la elección, bastaría para convalidar dicha elección. Esa es la opinión de los teólogos.

La cuestión de la visibilidad de la Iglesia es demasiado necesaria para su existencia, para que Dios pueda omitirla durante décadas.

La postura de quienes afirman que no hay Papa pone a la Iglesia en una situación confusa. ¿Quién nos dirá dónde está el futuro Papa? ¿Cómo podrá ser designado un Papa donde ya no hay cardenales? Este espíritu es un espíritu cismático, al menos para la mayoría de los fieles, que se afiliarán a sectas verdaderamente cismáticas, como la del Palmar de Troya o la de la Iglesia Latina de Toulouse.

Nuestra Fraternidad se niega absolutamente a compartir esos planteos. *Queremos permanecer aferrados a Roma, al sucesor de Pedro, pero rechazamos su liberalismo por fidelidad a sus predecesores.* No tenemos miedo de decirlo respetuosa pero firmemente, como San Pablo frente a San Pedro. Por eso, *lejos de negarnos a rezar por el Papa, multiplicamos nuestras oraciones por él, y rogamos para que el Espíritu Santo lo ilumine y lo fortalezca en el sostén y defensa de la fe.* Por eso jamás me he negado a ir a Roma cuando él o sus representantes me han llamado. La verdad debe afianzarse en Roma más que en cualquier otra parte. Pertece a Dios, que la hará triunfar. Por consiguiente, *no se puede tolerar que los miembros, sacerdotes, hermanos, hermanas, oblatas de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, se nieguen a rezar por el Papa, y afírmen que todas las Misas del Novus Ordo Missæ son inválidas.*

Es cierto que sufrimos, de parte de las autoridades, esa incoherencia continua que consiste en elogiar todas las orientaciones liberales del Vaticano II, y en tratar a la vez de atenuar sus efectos. Pero eso debe incitarnos a rezar y a mantener firmemente la Tradición, y no a afirmar por eso que el Papa no es Papa.

Para terminar, hemos de tener el espíritu misionero, que es el verdadero espíritu de la Iglesia; hacer todo lo que podamos por el Reino de Nuestro Señor Jesucristo, según la divisa de nuestro Patrono San Pío X, «*Instaurare omnia in Christo*», restaurarlo todo en Cristo; y sufrir como Nuestro Señor en su Pasión por la salvación de las almas y el triunfo de la verdad.

«*In hoc natus sum*», dijo Nuestro Señor a Pilato, «*ut testimonium perhibeam veritati*»: Yo he nacido para dar testimonio de la verdad.

† MARCEL LEFEBVRE
Arzobispo
8 de noviembre de 1979